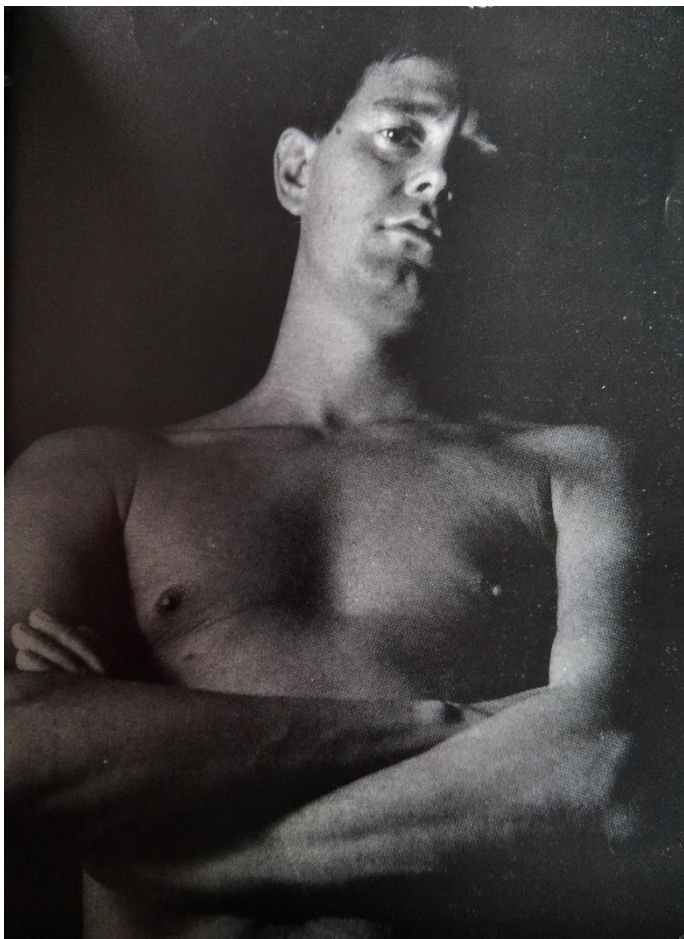


JOE ORTON, TUNELADORA DIRECTA A LOS CIMIENTOS DE REINO UNIDO

Joe Orton fue un cometa: brillante, incendiario y con una trayectoria que terminó demasiado pronto, un tipo fugaz en todos los sentidos. Su teatro, cargado de humor negro, irreverencia y crítica social, convirtió en espectáculo el absurdo de una sociedad británica que pretendía mantener su fachada de decencia mientras se hundía en su propia hipocresía.



Joe Orton, 1965

Su obra y su vida fueron una serie de golpes ciertos a la línea de flotación de la moral victoriana reciclada de los años sesenta, y su legado aún resuena en cada risa incómoda que provocan sus diálogos mordaces.

La provocación como arma. El escándalo como vida.

Orton no nació como enfant terrible del teatro. Su vida comenzó en Leicester en 1933, en una familia obrera. Nada indicaba que aquel niño de apariencia inofensiva iba a convertirse en el mayor provocador de la escena británica.

Su entrada en la Royal Academy of Dramatic Art (RADA) no fue más que el inicio de su transformación. Fue allí donde conoció a Kenneth Halliwell, su amante, cómplice literario y, finalmente, su asesino.

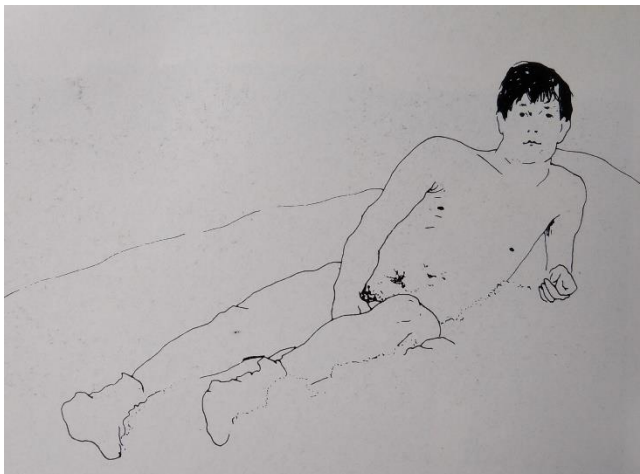
En los años previos a su éxito, Orton y Halliwell pulieron su estilo encerrados en su pequeño apartamento, donde vivían prácticamente enclaustrados, devorando libros y creando su universo literario.

Su primera incursión en la provocación no fue sobre las tablas, sino en las bibliotecas públicas. Jun-

tos, alteraban los libros prestados con comentarios sarcásticos y collages obscenos. La justicia británica, siempre más preocupada por la moral que por el arte, los condenó a seis meses de cárcel por "daño malicioso a la propiedad pública". Aquello no los detuvo, al contrario, cuando Orton salió de prisión, su humor se volvió aún más afilado y venenoso.

El teatro, el lanzallamas de Joe contra la hipocresía.

Su primera obra reconocida, "Entertaining Mr. Sloane" (1964), es un mazazo contra la hipocresía de la familia tradicional donde un joven atractivo, amoral y oportunista seduce tanto a una hermana reprimida como a su hermano homosexual, desatando un juego de poder, deseo y dominación. La obra escandalizó a los puritanos, pero el público la convirtió en un éxito. Orton había encontrado su voz: burlarse del orden establecido con diálogos afilados como cuchillas.



Joe Orton dibujado por Patrick Prockor, 1967

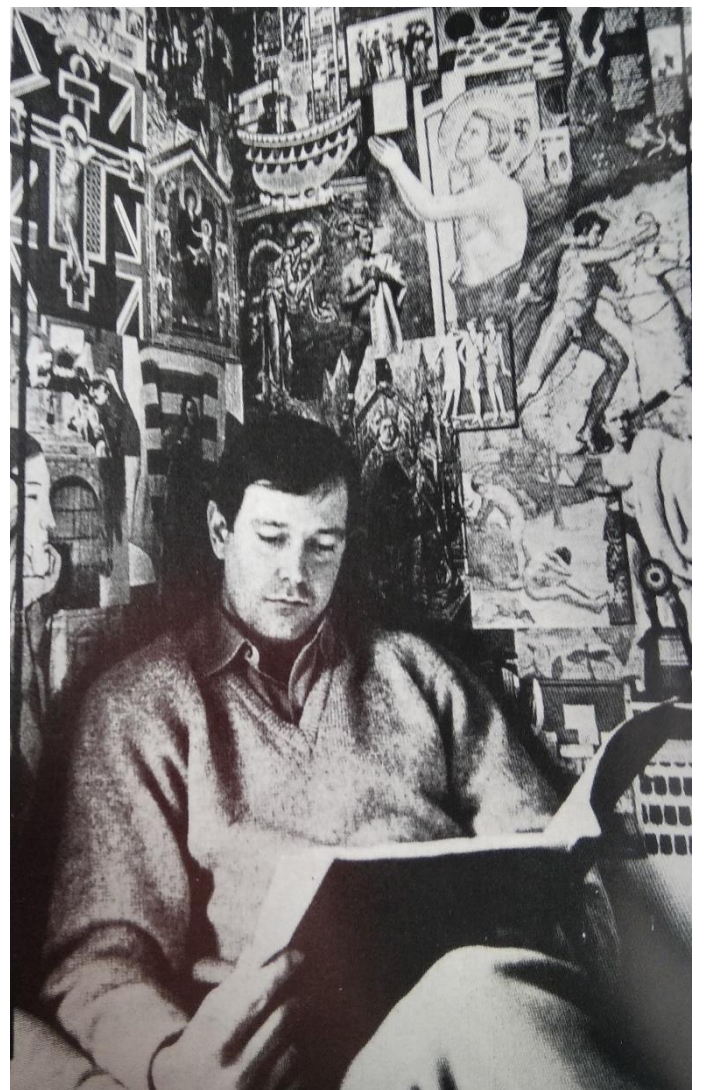
En "Loot" (1966), Orton entrona aún más el cinismo. Dos jóvenes roban un banco y ocultan el botín en el ataúd de la madre muerta de uno de ellos. La obra es una sátira feroz sobre la corrupción policial y la doble moral de la sociedad británica.



Joe Orton, 1964

Con un ritmo frenético y situaciones absurdas, Orton convierte la muerte en una broma macabra, logrando que el público se ría de lo que jamás se atrevería a mencionar en voz alta.

"What the Butler Saw" (1969), estrenada póstumamente, fue su obra más extrema. Un vodevil de psiquiatras corruptos, travestismo y caos total que dejó en evidencia la podredumbre del poder. Orton no solo hacía reír, sino que utilizaba la risa como un arma de demolición contra la respetabilidad británica.



Joe Orton, 1966

La cima está a un paso de la muerte

El 9 de agosto de 1967, cuando Orton estaba en la cima de su carrera, Halliwell lo asesinó a martillazos antes de suicidarse. Celos, resentimiento y una dinámica destructiva fueron los detonantes de un crimen que privó al teatro británico de su bufón más peligroso. La prensa sensacionalista se deleitó con el escándalo, pero la obra de Orton sobrevivió y sigue viva.

Joe Orton no fue solo un dramaturgo brillante, sino un agitador cultural, un saboteador del discurso moralista y una prueba de que el humor es la forma más eficaz de dinamitar el poder. su teatro sigue hiriendo sensibilidades, lo que significa que aún sigue haciendo su trabajo.

Asier Bravo

TECNOESTRUCTURAS

La continua mutación semántica a que nos tienen acostumbrados los medios de comunicación parece querer captar la móvil realidad en la que vivimos. Sin embargo, en lo que respecta a la realidad socioeconómica se nos impone la sospecha de que tanto término nuevo, cada quince días, no tiene otro objetivo que esconder la misma realidad.

El expansionismo que ha caracterizado a la burguesía occidental desde la salida del feudalismo, adoptando sucesivamente las modalidades colonialistas (y neo-colonialistas), imperialistas y globalizadoras (=auto-colonialistas) ha culminado con el establecimiento de un único mercado para el planeta. Que a esto lo denominemos “imperialismo” o “globalización” es indiferente, so pena de que queramos señalar con el segundo término las variaciones que ha introducido el imperialismo en su funcionamiento durante el pasado siglo XX, variaciones al interior del mismo que no han sido de otro matiz que el del engrase de la maquinaria.

La internacional división del trabajo ha suplantado las viejas formas del mismo que se asentaban en el espacio físico de la fábrica, la región industrial o el país, pero la esencia del modo de producción capitalista y sus métodos de trabajo no han sufrido variaciones, no así el discurso legitimante del mismo que se ha ido adaptando a las necesidades del sistema.

Desde el comienzo de esta modalidad de producir bienes la racionalidad del capitalismo ha estado condicionada por sus posibilidades técnicas y por su capacidad para realizar el cálculo exacto de la oferta y la demanda. Por lo tanto, siempre ha tenido la necesidad de uniformizar el estilo de vida de las sociedades en las que se asienta para que esa predictibilidad que necesita sea posible. Del mismo modo ha tenido necesidad de asentarse en sociedades donde su administración sea guiada por normas formales y un Derecho previsible.

Las estructuras políticas, en consonancia con las estructuras de explotación, han recorrido de la mano de la burguesía las modalidades de la municipalidad autónoma, el Estado-nación, parlamentos continentales e instituciones intercontinentales, alcanzando en el presente esa modalidad considerada paranoica del “gobierno en la sombra”. Este recorrido ha profundizado en esa uniformización y predictibilidad

llegando a lo que ahora se llama Globalización, pero que en poco o nada ha variado el modo de producción capitalista.

El eje productivo ha ido generando una serie de tecnoestructuras, con su objetivación comercializadora multinacional, que se estructuran en este momento alrededor de la industria nuclear, electrónica (informática) y militar. Estas estructuras se han apropiado de facto de la investigación científica y la han puesto al servicio de la producción industrial, se han protegido con el secreto que acompaña siempre a la industria militar y han evitado los controles que posibilitarían poner la producción de bienes al servicio de los intereses generales.

Así, han quedado liberadas de cualquier relación con el mercado, pues reciben ingentes partidas económicas de las agencias estatales en una modalidad de clara usurpación del tributo ciudadano. Liberadas también de las acciones provenientes de la opinión pública, puesto que se rodean con el secreto, además de enmascararse como iniciativas privadas. El público control, incluidos los trámites ritualizados de las estructuras jurídico-políticas, queda eliminado al haber quedado claro quién ostenta el poder real y quién no es más que un mero tributario. La mediación con los intereses generales e incluso con las instituciones políticas que dicen representarlos ha sido obviada.

Este es uno de los aspectos para que desde la izquierda del capital se vuelva a rememorar el periodo de acumulación primitiva del capitalismo. Entonces también la burguesía acumuló un poder que estuvo libre de las tareas y responsabilidades generales que sólo pudo ser revertido, y como vemos no de modo definitivo, con la lucha obrera.

Estas tecnoestructuras del capitalismo globalizado dan preeminencia al dato militar y a la rapidez organizativa en sus modos normales de comportamiento. Las medidas de emergencia, los ataques preventivos, las represiones ejemplares, la ley marcial y el código militar están siempre presentes en la modelación del episodio conflictivo de sus biografías. Esta modalidad de acción cuando se genera al interior de las estructuras sociales y estatales tiende a reproducir sus modos normales de comportamiento. Al interior de éstas se organiza como un poder libre de tareas y responsabilidades generales mostrando un orden de conveniencia y prioridad contradictorio con el teóricamente tradicional del Estado mediador, repudiando, incluso, la mediación más prudente.

Los intelectuales burgueses presentan estas tecnoestructuras como una realidad que no forma parte, de modo obligatorio, del desarrollo capitalista, cuyos efectos pueden ser corregidos desde las instituciones legisladoras del Estado. El argumento consiste en partir de la premisa de que el capitalismo es un orden social ideal capaz de solucionar toda perturbación que aparezca en su seno. Las tecnoestructuras serían una de esas perturbaciones que no obedece a lógicas de interés general, pero el legislador puede poner coto a esta anomalía. La realidad muestra que no sólo no es así, sino que el legislador, como tributario de esa tecnoestructura, obedece y calla.

Las tecnoestructuras se establecen así como un poder de hecho, desdoblado de las instituciones, supuestas sedes de los controles, y de la necesidad de legitimación, dejando las viejas estructuras del Estado-nación como armazones vacíos, envolturas externas y aparentes de poder que necesitan re-envolverse en nuevos armazones (internacionales, continentales, intercontinentales, etc.) para sustanciarse al menos aparentemente.

El espacio físico, desacralizado de todo nacionalismo esencialista, se clasifica en zonas de preferencia (sedes de las tecnoestructuras, no coincidentes con el espacio del Estado-nación, intercambiables, etc.), indiferentes o de sufrimiento. Todo espacio que no es sede de las concentraciones tecnológicas es sacrificable, está abierto y disponible para cualquier clase de conflicto, para cualquier clase de operación de poder de acuerdo con lógicas que no conciernen ni al lugar ni a la población que lo habita. De esta situación no quedan excluidas ni las metrópolis, de ahí que podamos hablar de auto-colonialismo para desinar la nueva-vieja realidad imperialista.

Es material útil para el choque todo aquello que no es esencial para el sostenimiento de las concentraciones tecnológicas. Los obreros siempre hemos sido “material” sacrificable pero ahora ya, sin ningún tipo de pudor, se nos exige como tributo no nuestra fuerza de trabajo sino nuestra integridad física, nuestra vida. La clase media, sostén histórico del sistema de producción burgués y de sus formas sociales, es ahora también sacrificable junto con sus emblemas (liberalismo económico o político, democracia, etc.). Las ciudades son espacios para el juego de poder e incluso la Bolsa es inesencial para esta nueva realidad irrepresentada.

Manu

Sede: Calle Correría, número 65, bajo
01001 – Vitoria Gasteiz
Dirección postal: Apartado de correos 1554
01001 – Vitoria Gasteiz
Horario: martes y viernes de 19.00 a 21.00; y,
miércoles de 10.00 a 12.00 horas
Teléfonos: 945 28 29 74 y 688 86 13 64



Direcciones de correo electrónico:
cntgasteiz@gmail.com / vitoria@cnt.es
Redes virtuales:
<https://vitoria.cnt.es/>
<https://x.com/CNTVitoria>
<https://es-es.facebook.com/CNTVitoriaGasteizCNT/>
<https://www.instagram.com/cntgasteiz/>